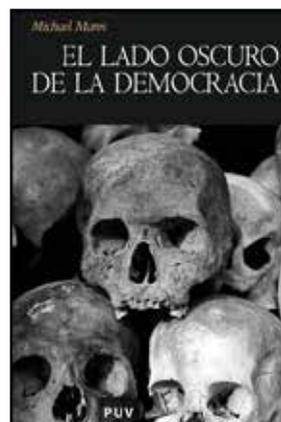


El lado oscuro de la democracia

Michael Mann

Valencia: Universidad de Valencia (2009)

Por: John Fernando Restrepo Tamayo*
Universidad de Medellín



No es la primera vez que Michael Mann, un ilustre profesor de sociología de la Universidad de California, se supera a sí mismo. Sus libros son tratados académicos, recursos sociológicos de frontera, tesis doctorales y pólvora para impulsar balas de cañón. *El lado oscuro de la democracia*, es una apuesta arriesgada que se soporta en un trágico registro que no ocurre de forma azarosa. Tiene una lógica propia y sistemática que se alimenta de las condiciones inherentes de la democracia para demolerla o para negarla.

Michael Mann con los escrúpulos de un sociólogo se adentra en la historia moderna de Occidente para registrar una constante: las democracias, entendidas como voluntades políticas mayoritarias son proclives, propensas y promotoras de la limpieza étnica. El texto muestra de qué manera cada nuevo episodio de limpieza étnica que ha tenido lugar en Armenia, Auschwitz, Yugoslavia, Chechenia, Cachemira o Ruanda comparte unos elementos comunes, repetitivos y trágicos que le permiten concluir que existe un lado oscuro en el seno de la democracia misma que hace legítimos los procesos más aberrantes de los que pueda ser cómplice o responsable un sistema político tan laureado como la democracia.

El lado oscuro de la democracia recoge diferentes relatos históricos en los cuales desarrolla la tesis de la limpieza étnica como constante de regímenes democráticos en los cuales convergen de manera decisiva y trágica varios aspectos:

1. La limpieza étnica como expresión política de la democracia tiene su mayor expansión en el mundo moderno. Precisamente cuando se institucionaliza la

* Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, abogado de la Universidad de Antioquia, magister en filosofía política de la Universidad de Antioquia y doctorado en derecho en la Universidad de Medellín. Profesor de tiempo completo y jefe del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Correo electrónico: jfrestri1@gmail.com

democracia como mejor modelo político y cuando se entiende como sistema de mayorías. Esa democracia mayoritaria es la que le permite a las mayorías políticas pasar del ejercicio legítimo del poder a la realización de prácticas dictatoriales en contra de expresiones minoritarias consideradas peligrosas y enfermizas. He ahí el foco del lado oscuro. Un poder mayoritario tiende a aplastar a las minorías. Las rechaza, las excluye, las invisibiliza. En tiempos pasados estas minorías solo agachaban la cabeza y perpetuaban la dominación. El discurso moderno les alienta a resistir. Se rebelan y se organizan para repeler agresiones. Cuando las mayorías advierten este levantamiento hacen un uso mayor de la fuerza y del poder para disponerse a exterminarles. El pueblo mayoritario, al sentirse amenazado por una minoría insurrecta, legítima y posibilita las prácticas necesarias de limpieza.

2. El triunfo de una clase étnica que promueve el etnonacionalismo genera y promueve resentimientos de clase. Estos resentimientos ocurren en una doble dirección. La clase dominante considera que está apropiada de unas condiciones etnonacionales que les legitima el derecho a gobernar de manera exclusiva. La inclusión no está en su agenda. De otro lado, la clase dominada, considera que recibe un trato ilegítimo e injustificado. Advierte que la clase dominante apela a un discurso excluyente que la pone en peligro, por lo tanto anima a la resistencia. Las más de las veces, fácilmente se pasa de la contención a la agresión. Frente a esta actuación resistente de la minoría, la mayoría empieza a sentirse amenazada y dispone de toda la propaganda y de toda la fuerza necesaria para justificar la limpieza étnica.
3. Mayorías y minorías fácilmente se encuentran en un campo de batalla. Cada grupo reclama para sí unas condiciones etnográficas que les genera identidad y pertenencia a un grupo político a través del cual se justifica la vida. La defensa de estas premisas les hace considerar cualesquiera otra expresión étnica como extraña, ajena o amenaza. De tal manera que cada grupo considera legítimo y necesario el derecho a acceder a la administración del establecimiento sin otras expresiones étnicas. En estas condiciones la limpieza étnica resulta inminente.
4. En medio de esta tensión, el papel protagónico del Estado y su monopolio de la fuerza, debería tener lugar para evitar las agresiones entre unos y otros. Pero suele ser una constante que en medio de tensiones étnicas el sistema político empieza a atomizarse y a debilitarse. Las posiciones sobre reconocimiento o exclusión empiezan a negarse entre sí. El derecho como superación de la fuerza o manifestación legítima de la fuerza empieza a subsumirse como consecuencia de la crisis. El fin de la institucionalidad jurídica, política y militar arroja dos graves consecuencias: (i) el uso indiscriminado de la fuerza como reconocimiento hace perder la tenue línea que diferencia

las vías de hecho de la coacción; (ii) emergen nuevas élites, casi siempre de raigambre militar o paramilitar, que en nombre del establecimiento del orden, suprimen todas las garantías legales y constitucionales, generándose así un Estado de facto donde la protección de los derechos individuales se diluye por completo y las minorías quedan expuestas al exterminio étnico.

5. La limpieza étnica como práctica institucionalizada de regímenes democráticos nunca ocurre como condición inicial. No está en la mente, a priori, de líderes políticos. No puede catalogarse como el plan A de la democracia. Muchas veces no alcanza a ser el plan B. La democracia reposa en buenas intenciones, pero el viraje hacia su negación por razones de limpieza étnica ocurre en medio de sigilosos eventos a los que se expone de forma casi imperceptible. Ni los intelectuales, historiadores, analistas políticos, antropólogos o sociólogos coincidirían en indicar el punto exacto en que la limpieza étnica empieza a tomar cuerpo. No hay punto inicial. Y a escala, se puede afirmar que no hay punto final. Porque cada sistema político democrático, a lo largo y ancho del orbe está expuesto. Hay regímenes muy vulnerables. En los que son las mismas mayorías quienes llevan a líderes políticos a considerar la limpieza étnica como una salida al conflicto o como medida preventiva.

El lado oscuro de la democracia no es una negación de la democracia. No la rechaza, ni la considera perversa en sí misma. Es una advertencia trágica de lo que puede ocurrir en escenarios políticos que se entregan a las mayorías de manera desprevenida o que pasan de forma indiferente ante los abusos a los que se someten las minorías. Es advertencia necesaria frente a la recuperación de la democracia a través de más democracia. Porque el poder concentrado en un solo grupo político, militar, económico o étnico fácilmente se sale de cauce para repetir un ciclo que implica limpieza étnica, y aunque es conocido tiende a repetirse en frente de todos y cada vez de forma más trágica. El panorama es oscuro. Michael Mann, después de haber plasmado tantos registros concluye con estos términos:

“Mientras escribo esto, en 2003, sigue habiendo conflicto étnicos y religiosos en el norte de Irlanda, el País Vasco, Chipre, Bosnia, Kosovo, Macedonia, Argelia, Turquía, Israel, Irak, Chechenia, Azerbaiyán, Afganistán, Pakistán, India, Sri Lanka, Cachemira, Birmania, el Tíbet, el Xinjiang chino, Fiji, las Filipinas meridionales, varias islas de Indonesia, Bolivia, Perú, México, Sudán, Somalia, Senegal, Uganda, Sierra Leona, Liberia, Nigeria, Congo, Ruanda y Burundi. En más de la mitad de los casos hay matanzas importantes. Mientras lea estas páginas, seguramente, una crisis étnica estallará de un modo violento en la pantalla de su televisor o en su periódico, pero otras explosiones ni siquiera serán consideradas noticias. El siglo XX fue bastante malo. Quizá el XXI sea peor aún.”